

ne un gran fundamento sociológico y una ley de gravedad política de gran interés. España ha decidido premiar a sus autores porque desconfía y sabe que esta *justicia distributiva*, si ha de venirle de fuera, nunca le alcanzará plenamente. Sabe que si algo se le concede fuera en este sentido habrá de ser a regañadientes y como de limosna. El mundo juega un poco con nosotros, juega a tomar en broma nuestras cosas y, sobre todo, juega a no considerar ni siquiera por el lado serio las cosas serias que hay en España, que podían alcanzar hasta los toros, por ejemplo. Sólo se sirven de nuestra anécdota como de un aperitivo más o menos incitante y raro.

Y ha sido nuestra sociedad la que ha decidido hacer justicia. Lo primero elevando el rango de autor, dándole un nivel, un tono de vida, una proyección tal que estoy seguro de que incluso hombres un poco soñadores y publicitarios se alarmarían si vieran la gran oportunidad y coyuntura en que han sido colocados los autores españoles en los momentos presentes. (Hagamos notar una cosa: han desaparecido aquellos tiempos en que un autor tenía que hacer una costosísima e interminable peregrinación con su obra bajo el brazo a la caza del editor, muchas veces con obras que el tiempo se ha encargado de acreditar como piezas valiosas. Actualmente el autor puede esperar —si ha dado alguna muestra de talento— con la obra en su casa, porque vendrán a pedírsela uno o varios editores, pujando como quien dice. Esta porfía de los editores ya está probando, además, la consideración, incluso económica, que ha alcanzado el autor en nuestros días. Lo que se paga hoy por los derechos de un libro es justamente lo que se podía pagar hace veinte o treinta años por diez ediciones.) En esta revalorización del autor quieren ver algunos pesimistas un signo de decadencia, porque creen que el autor ha de ser un tipo de bohemio pobretón que sólo en el trance de la necesidad es capaz de construir una gran obra literaria. Aparte del valor indudable que pueden tener la pobreza y las privaciones —más que nada aplicadas a un gran temperamento—, no hay ninguna contradicción fundamental para la sensibilidad del escritor en que la sociedad le haga una vida cómoda y viable, más hacedera para la realización de sus sueños. También viviendo con desahogo puede un escritor dar testimonio de su época, y no es exacto que el escritor, el verdadero escritor, tenga que pasar por todos los azares y peripecias económicas para poder reflejar con objetividad y realismo la vida. El escritor se alimenta de muchas verdades y su inspiración sabe encontrarla en todos los ambientes y, cuando tiene honda humanidad y profundo sentido de la vida, descubre estos motivos en el plano en que se encuentre.

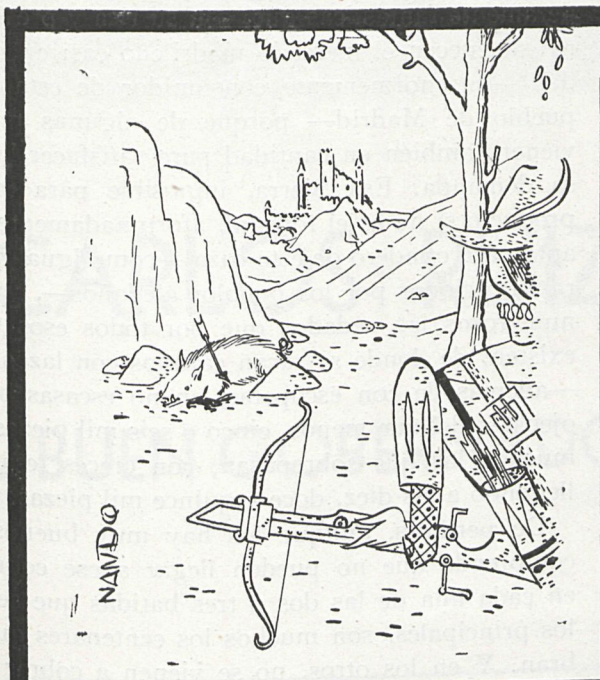
No se puede, por tanto, hablar de derroche ni de espléndidez cuando lo único que se ha hecho es sentar las primeras bases para que la vida de nuestros escritores pueda ser más decorosa, segura y normal. Porque así ahorrarán tiempo y no se verán obligados a multiplicar sus tareas; porque así serán incluso más dueños de sus creaciones. Bueno está que los editores lleguen al autor con más respeto e incluso con una justa y sana rivalidad, porque así el sentido de mercancía que tienen las piezas literarias en los contratos será algo bello y bellamente disputado. Ya es bastante haber logrado que los editores adquieran conciencia de justipreciadores y que los autores no se entreguen, así como así, al más oportunista de los compradores.

Pero puede ser que la lección más provechosa de esta legión de premios, privados y oficiales, sea la de hacer que el escritor adquiera una conciencia delicada de su responsabilidad como autor de obras de arte. Con esta pública proclamación de los Premios, nuestros autores habrán de ir depurando estilo e intención, esquemas y formas. Porque ya no se trata de triunfar clamorosa y pasajera ante un público que está dispuesto a leer cualquier cosa, sino que, de antemano, su obra sale garantizada y con el prestigio y el éxito de un Premio de rango nacional.

Es posible que esta afluencia de los premios sea tan sólo, en cierto modo, una forma de seguridad social y de préstamo económico a la inteligencia y que, más tarde, pueda derivar hacia otros patronazgos. Pero de momento los que tienen la palabra y el camino abierto son los autores. De ellos depende que esta preocupación del Estado y estas aportaciones de particulares al sustento de sus inteligencias y al triunfo de sus dones no quede desperdiciada ni perdida en el vacío. Estos premios quieren significar la gran confianza que nuestra Nación tiene en el valor de la inteligencia y en el talento de sus hombres de letras. Casi podría asegurarse que el Estado, por una parte, y los particulares, por otra, al hacer estas concesiones quieren pedir la contribución y la cooperación del escritor a la tarea del resurgimiento patrio, y que ni uno ni otros consideran hecha la reconstrucción nacional en tanto nuestros autores no hayan expresado con libertad y examen de juicio su opinión sobre los diversos y complejos problemas de nuestra sociedad y de nuestro tiempo.

Vaya mi felicitación, pues, a todos aquellos promotores de premios, sean editores o particulares, sean Instituciones o revistas, sean nacidos de la aportación del Estado, sean legado de generosos protectores de la cultura.

FRANCISCO SINTES



CAZA MAYOR Y MENOR EN LA PROVINCIA DE MADRID

LA provincia de Madrid es rica en caza, muy rica. Lo fué siempre. Y en toda clase de caza, así menor como mayor, que si en ésta lo fué mucho, y en variedad, de lo que conserva en ambos sentidos muestras que sacan verdadera nuestra afirmación, en aquélla lo es más, y en una tal escala que figura muy en cabeza de los provincias cinegéticas.

Por lo que a tiempos de antaño respecta, no hay sino que reparar en el escudo de su capital —que la heráldica es la síntesis de las ciudades como de las

estirpes—, donde campea el oso aupado a una madroñera, comiendo el sabroso y agridulce fruto: el madroño. Señal inequívoca de que los bosques que circundaban a Madrid estaban —en la antigüedad, sin que de ambos extremos quede otro vestigio que lo que el escudo proclama— cuajados de madroñeras, con una gran población del plantigrado ursario.

Su Alteza la Reina Isabel la Católica, cuenta la Historia —que no la leyenda— que un día, por las inmediaciones de la fuente de San Isidro, yendo a cumplir una promesa al Santo, se vió acometida por

Abundantes especies cinegéticas en los montes y vedados de caza



un oso, peligro del que fué salvada casi milagrosamente. Su Majestad imperial Carlos I gustaba mucho de cazar en los montes de El Pardo, donde, al igual que su egregia abuela, corrió otro semejante riesgo, y donde, llevado de su pasión venatoria y su predilección por el sitio, llegó a edificar un palacete donde alojarse durante sus ni escasas ni breves estancias monteras, palacete que amplió y mejoró su hijo Felipe II, dejándolo en las proporciones en que hoy existe, convertido en verdadero palacio, propio de un Real Sitio, y donde hoy tiene fijada su residencia el Jefe del Estado.

Los montes de El Pardo fueron cazadero preferido, a partir de la época mencionada, de todos los Monarcas que ocuparon el Trono español, por su elevado censo venatorio, tan vario como ameno y señalado; ni más ni menos que «La Real Casa del Campo» —hoy, en apócope muy madrileño, «Casa de Campo», sencillamente—, donde el censo conejil fué siempre tan numeroso, que por algunos sectores de su dilatada extensión veíanse verdaderos enjambres de conejos que, tranquilos, roían la hierba, y que retozaban y triscaban a la intemperie, o tomaban el sol en cucullas por los frescos y frondosos parajes llanos; como igualmente se les veía entrar y salir de las infinitas bocas que minaban el terreno, como hormigas de un hormiguero, a placer, sin sus propias y naturales esquiveces huidizas, ni fugitivos sobresaltos, bien así como sabedores de que nada ni nadie les molestaba ni inquietaba en su vida libérrima y montaraz, que más que de monte era, por la paz absoluta en que se desarrollaba, de arcadía feliz, de égloga paradisíaca.

Hase hecho esta breve síntesis del historial venatorio de Madrid, en primer lugar, por creer que a su condición de capital de la provincia y del Reino le corresponde este honor, por otra parte muy merecido, como apuntado queda, desde nuestro punto de vista cinegético. Cumplido este deber, pasemos ahora a la provincia para hacer, igualmente, un pequeño esbozo —otra cosa no nos conceden los angostos límites de un artículo periodístico— de la riqueza de esta clase que posee, con algunos aspectos y detalles de interés.

Por lo que a la caza menor se refiere, en la actualidad la provincia de Madrid es un venero de especies, sobre todo conejo y perdiz, sin que deje de tener vegas amenísimas de codornices que, sin llegar a ser un «paraíso» de cazadores de esta gustosa avecilla africana, como los son algunos términos de Guadalajara y Cuenca, no dejan de tener atractivos y encantos bastantes para hacer las delicias de los deportistas de esta caza que a esas vegas y a esos prados dedican algunos días de excursión. Y no mencionamos términos, de un lado, por no hacer dilatado y pesado catálogo, y por otro, por no incurrir en omisiones que lamentaríamos. En cambio, sí es un verdadero paraíso en conejo y perdiz, donde hay vedados de una y otra especie, alternos y simultáneos de ambas, en los que se cobran millares y millares de piezas durante la temporada. Y si los de perdiz son, naturalmente, menos en número, los de conejos son tan numerosos como densamente poblados, dando cantidades verda-

deramente fantásticas que, con su rica y preciada carne, abastecen el mercado madrileño casi en su totalidad —es enormemente consumidor de esta carne el pueblo de Madrid— porque de algunas provincias vienen también en cantidad para satisfacer la fabulosa demanda. Esa Sierra, imposible para todo otro producto si no es el forestal, afortunadamente es muy apta para criadero de esta caza —como igualmente sus ramificaciones por los pueblos aledaños—, y así, son numerosos los vedados que por todos esos términos existen, de donde se sacan cazados con lazos y cepos —además de con escopetas, en no escasas batidas y ojeos—, del que menos, cinco o seis mil piezas, siendo muchos los que sobrepasan, con creces, esas cifras, llegando a las diez, doce y quince mil piezas.

De perdices, aunque los hay muy buenos, ya se comprende que no pueden llegar a ese cobro. Pero en cada una de las dos o tres batidas que se dan en los principales, son muchos los centenares que se cobran. Y en los otros, no se vienen a cobrar muchas menos, porque se dan más ojeos y se castiga más a los cotos, casi todos alquilados por sociedades, grupos y peñas que, naturalmente, van a sacarle el mayor rendimiento posible.

Los principales vedados son... Pero decimos lo de antes: son tantos, tantos —y la mayoría, magníficos—, que es preferible no citar ninguno porque, incluso el mismo orden de nominación, podría suscitar querellas sobre preferencia o preterición. Además de que aquí sí que la lista sería abrumante, por lo desmesuradamente dilatada.

La provincia de Madrid tiene además un famoso cazadero de aves muy codiciadas, así por el interés de su caza como por su carne riquísima —el faisán, concretamente, y Aranjuez, su término—, donde se dan a aquéllas grandes batidas, en las que suelen tomar parte tiradores eméritos y muy elevadas personalidades, caza que es, por su especial naturaleza y por el rango que de antiguo tiene, recreo y patrimonio privativo de un reducido número de privilegiados y selectos, y sus batidas son famosas nacionalmente y aún más allá de las fronteras.

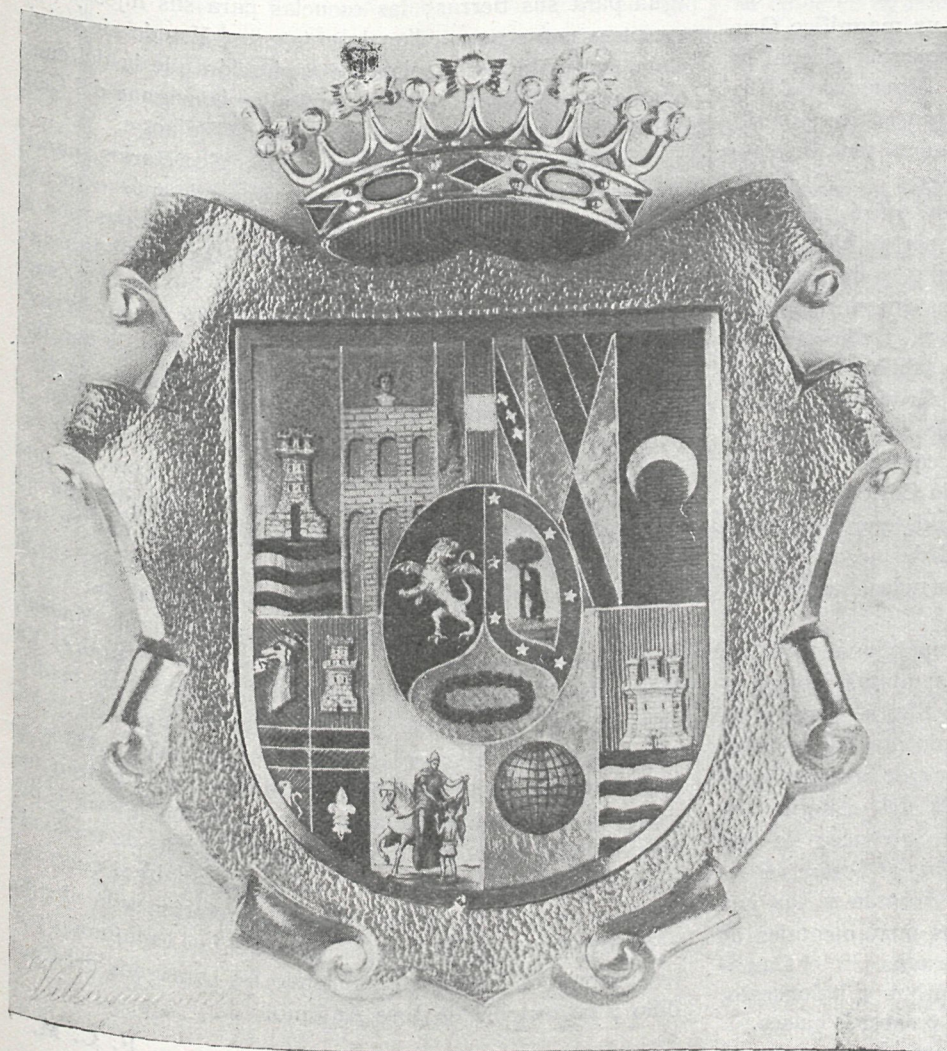
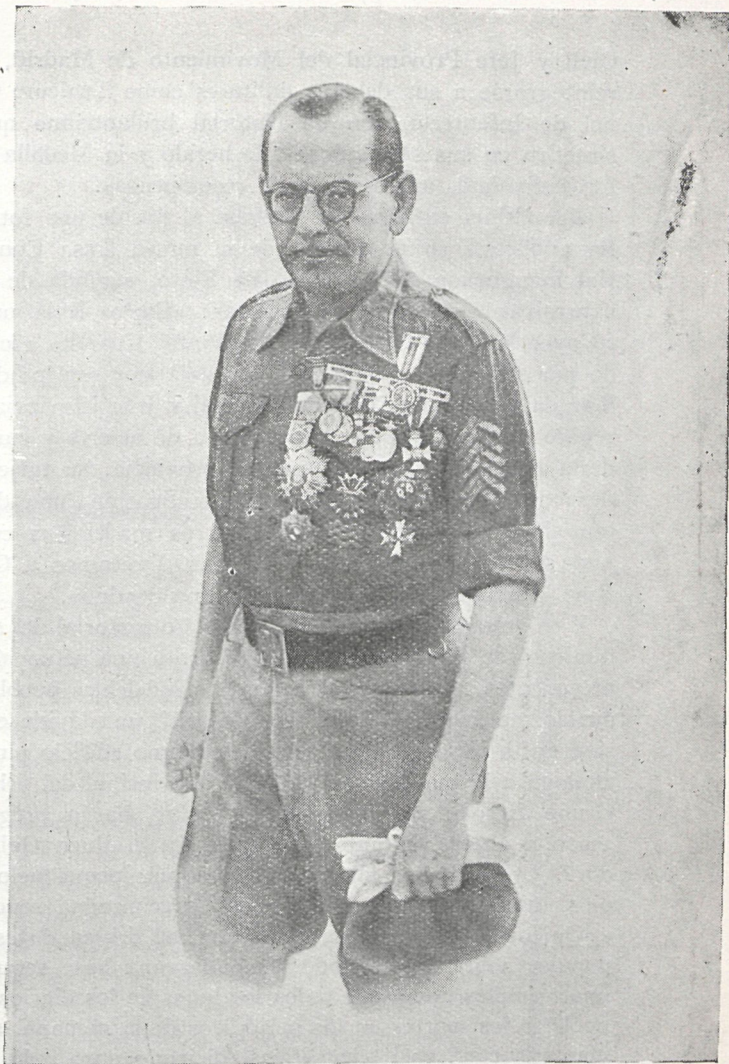
Y el Tajo que le baña y sus afluentes todos, y aún otros ríos de la provincia, son lugares donde se encuentra en más o menos cantidad, según sitios y parajes, el pato salvaje, cuya caza, más sacrificada que productiva, tiene muchos devotos, esforzados y abnegados. Aranjuez, Seseña, Chinchón, el Alberche, Aulencia y otros puntos son favoritos de los favoritos de esta caza.

Y en cuanto a caza mayor —fuera de El Pardo—, hay algunos sitios, desde luego escasos —escasos en número y escasos en censo venatorio—, donde aún se cobran buenas y diferentes piezas, y los monteros no dejan de pasar un amable día entregados a su caza predilecta. El término judicial de Torrelaguna, con sus elevados, agrestes y abruptos parajes serranos, es uno de los mejores exponentes de nuestro aserto y una de las más sólidas y rotundas afirmaciones sobre la materia.

LUCAS GONZALES HERRERO

CARLOS RUIZ, "EL BUEN GOBERNADOR"

AL HOMENAJE DEL DÍA 30
DE MARZO SE SUMÓ TODA
LA PROVINCIA DE MADRID



EL día 30 de marzo se rindió un homenaje a don Carlos Ruiz García, «el Buen Gobernador», que durante trece años rigió tan acertadamente los destinos de la provincia de Madrid desde el Gobierno Civil y la Jefatura Provincial del Movimiento. Y aunque estamos acostumbrados a ver con demasiada prodigalidad la celebración de homenajes más o menos justificados, quizá ninguno tan oportuno y tan merecido como éste, organizado por los pueblos de la provincia madrileña, a propósito de haberle concedido su Diputación Provincial el Bláson de Oro, y cuya imposición solemne rebasó en entusiasmo a todo lo previsible, porque la mayoría de las veces el cese de una persona en determinado cargo no tiene trascendencia alguna. En muchas, hasta llega a ser un alivio; pero hay ocasiones, como ésta, en que una dimisión significa el cierre de un período y de una labor definitiva, como sucedió al presentarla don Carlos Ruiz García, de sus cargos de Gobernador

Civil y Jefe Provincial del Movimiento de Madrid, para reintegrarse a sus deberes militares como Teniente Coronel de Infantería, con un historial brillantísimo que se sintetiza en sus seis galones de herido y la Medalla Militar individual, amén de otras recompensas.

«La última entrega» se titulaba al pie de una fotografía publicada en el *Arriba*, de la nueva Casa Consistorial inaugurada en el pueblo de Pinto, seguida de estas expresivas y sencillísimas palabras: «Carlos Ruiz inauguró ayer la Casa Consistorial de Pinto. Cuando, reclamado por sus deberes militares, nos deja este espléndido camarada que, como Gobernador Civil y Jefe Provincial, ha regido e impulsado con alto espíritu de acierto y camaradería nuestra Falange y nuestra provincia, su tarjeta de despedida parece ser esta nueva edificación, una de las tantísimas que sembró en las tierras madrileñas con la justa política de las últimas piedras. Deseamos a Carlos Ruiz la mayor ventura en su próximo destino».

Y en verdad que la bellísima Casa Consistorial del Ayuntamiento de Pinto puso broche de oro a una actuación sin precedentes, grabada con caracteres indelebles pueblo por pueblo, en la provincia de Madrid. Así, una lápida expresiva en la escalera principal del moderno edificio pinteño, análoga a la que luce en la fachada principal del soberbio Grupo Escolar de Torrejón de Ardoz, harán preguntar acaso a algún visitante: «¿Quién era el Buen Gobernador?», y cualquier labriego o cualquier pequeñuelo, con ojos absortos, contestará con precipitada sencillez: «¿Quién?: ¡Carlos Ruiz!» Porque del origen de este ya popular sobrenombre podemos hallar una base segura en unas simples notas que todos los lunes en los diarios de la noche y los martes en los periódicos de la mañana, aparecían escuetas, casi telegráficas, diciendo poco más o menos: «El Gobernador Civil de Madrid se trasladó el domingo al pueblo de X, donde inauguró un magnífico Grupo Escolar, dotado del material más moderno, el cual ha sido costeado totalmente por la Jefatura Provincial del Movimiento». Y nada más. A veces, en algún que otro periódico, una fotografía perdida entre ciento de fútbol, de otros «deportes» o de otras cosas por el estilo.

Pero de lo que no se han dado cuenta, quizá, el 90 por roo de los lectores al leer esa noticia, sin alardes, perdida entre informaciones de cosas absurdas y de actos intrascendentes, es de que eso era todos los domingos y muchos días festivos de todos los meses, y durante más de doce años nada menos. Porque esta labor de dotar los pueblos de la provincia de Madrid de Grupos Escolares, Casas Consistoriales, abastecimientos de aguas, alumbrado eléctrico, viviendas, etc., etc., se empezó en el año 1942 a poco de posesionarse el camarada Carlos Ruiz García del mando de la provincia de Madrid, que, ¡oh paradoja!, teniendo por capital a la capital de la Nación, era la provincia más abandonada entre las más abandonadas de toda España.

Ciento setenta Grupos Escolares proporcionados a las necesidades locales, desde las Escuelas mixtas inauguradas en casi todos los pueblecillos de la Sierra, muchos de ellos menores de 200 habitantes, pasando por las escuelas unitarias de dos y de tres clases, todas de irreprochable factura, de líneas armoniosas, como la del «Alfárez Miguel Blasco Vilatela», en Villarejo de Salván; de una alegría y una belleza extraordinaria, como el Grupo «Onésimo Redondo», de nueve clases, con frontón y sus jardines maravillosos, en Pinto; hasta los monumentales de Torrejón de Ardoz y Chinchón, inaugurados por el Caudillo, que tienen frontón, campos de fútbol y baloncesto, piscina y estupendos campos de recreo y catorce clases.

Súmense a este centenar y medio crecido de escuelas

sesenta Casas Consistoriales en otros tantos pueblos, Casas de Maestros, médicos y funcionarios, y viviendas protegidas repartidas por los pueblos; lavaderos, frontones, abastecimientos de aguas, alumbrado público, y aquí sí que cabe el etcétera, etcétera, porque es imposible recordar y enumerar los donativos dados para remediar el paro obrero; para transformaciones de tierras de secano en espléndidas huertas; para material escolar, ornamentos religiosos, campanas, reconstrucción de templos y otros mil donativos para atenciones de todas clases que ni por lo más remoto se puede comprender, ni mucho menos valorar por los hombres de la ciudad, que ignoran la realidad cruda, miserable y acuciante que empieza a diez kilómetros de la Puerta del Sol, sin que nunca, hasta ahora, nadie se preocupase de nuestros hermanos de los pueblos, como no fuera cuando cada cuatro o seis años se iba a los mismos a engañarles con las consabidas e incumplidas promesas, para arrancarles los votos necesarios para poder seguir viviendo del cuento.

Ya no; Carlos Ruiz rompió aquel sistema, y todos los domingos y días festivos, en vez de tomarlos para descansar de una tarea ruda, pesada e intensa, que se sucedía cada vez más complicada, semana tras semana, en el Gobierno Civil y la Jefatura Provincial, acompañado de algunos de sus colaboradores en tan hermosa tarea, se desplazaba a algún pueblo para oír misa, inaugurar una obra, ponerse en contacto con la gente sencilla y humilde, estrechar millares de manos encallecidas y tener la satisfacción de que chicos y grandes se acercasen a él para exponerle sus problemas y que les remediase sus necesidades. Y para todos tenía la palabra afectuosa, la realidad y no la promesa: el balón y el equipo para los chicos; las viviendas para los jóvenes que aspiran a hacer la Patria grande; el agua para sus tierras; las escuelas para sus hijos y tantas otras cosas que pedían los mayores. Y todo sin exigir nada, sin pedir votos, sin otra aspiración que la del cumplimiento del deber, que es cumplir las consignas del Caudillo y hacer efectiva la doctrina de la Falange...

Así vemos que, no ya los Alcaldes, Secretarios, curas, maestros, médicos y todas las personas de más o menos relieve en la localidad conocían y eran conocidas por el Jefe Provincial, que también conocía todas, absolutamente todas las necesidades y las peticiones de los pueblos, sino que las mujeres, las mozas y los niños sabían perfectamente quién era Carlos Ruiz, que visitó más de una docena de veces cada pueblo y que al despedirse en sus visitas les decía siempre: «Hasta pronto». Y pronto volvía, y pulsaba, y escuchaba, y atendía y resolvía, repitiendo todos los días el milagro de los panes y los peces, ya que con unos fondos casi irrisorios para la magnitud de su esfuerzo, multiplicaba las obras de forma tal que se imponía por fuerza el tener que hacer comparaciones: «Si este hombre tuviera los medios de tal o de cual...»

Ya sí se puede hacer turismo en la provincia de Madrid, que también tiene su historia y sus bellezas naturales. Ya pueden ir los turistas a los pueblos de la provincia madrileña, sin que tengamos que ocultarles las Escuelas y los Ayuntamientos, o sonrojarnos si los descubren; antes al contrario, ya en la provincia de Madrid se muestran orgullosos al visitante, al lado de la viejísima iglesia y del castillo legendario, la alegría de unas escuelas de traza admirable y líneas armoniosas, sanas y agradables, que para instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria, la Falange fué levantando por los pueblos de España, cumpliendo las consignas del Caudillo y la doctrina de José Antonio.

F. C. M.

Bienaventurados los que sufren. Brunete fué probado con el mayor rigor, y día hubo en que todo sobre su tierra pareció apocalíptica desolación, juicio final; pero, de pronto, se hizo la luz y todo se llenó de esperanzas de otra vida. Sobre la tierra por la muerte poseída comenzó a florecer, silenciosamente, la vida cotidiana, la vida familiar, el municipio, la escuela, la iglesia; todo aquello que había sido violentado y sacado de quicio, y que volvió a su ser natural, a su orden, a su armonía eterna; quiero decir, al seno de la Patria española.

Retornó la paz a la clausura de los hogares, territorio tradicionalmente exento, violado por el odio, y en la casa se volvió a nacer y a morir. Ahora están más llenas que nunca del recuerdo de los muertos, y así se ha avivado la fidelidad del pueblo y en los desvanes ya no hay cosas muertas, sino vivas todavía, que no terminaron de morir, que ya no morirán jamás, reliquias que ardieron sólo a medias, y la ropa blanca en las azoteas, bailando en el alambre, es todavía como un telégrafo de banderas para esos últimos sonos, ya lejanos, del Réquiem, que se enlazan con el Magníficat.

Ha vuelto a existir el campo, y Brunete se prolonga plácidamente en sus afueras, donde hay amapolas, cardos y nubes rosa, bajo los cielos madrileños, que son los cielos más límpidos del mundo, con su condición de raso y su color de aguamarina.

A la invitación a la muerte ha seguido, en un tracto, la invitación a la vida, y es justo parar mientes en la vida de este pueblo de España, que tan pronto y firme se rehace de los azares y que con tanta fe vuelve a religarse a los centros medulares de su vida histórica. Y sería tacha de ingratitud no recordar el esfuerzo de los que, tan pronto ganaron la guerra, se dieron prisa para ganar la paz, apresurando el hogar, el pan y la lumbre, ordenando las ruinas y fundando pueblos sobre tierra conquistada al dolor, a la barbarie y a la soledad.

Como éste de Brunete, orgullo de España, en cuyo honor suena el Réquiem y el Magníficat, ambos al mismo tiempo, sin que en realidad se sepa si el Réquiem es por la muerte y el Magníficat por la vida o más bien al contrario.

Pues el cielo y el aire de la libertad envuelven Brunete, y es bueno estar vivo y bueno también volver a vivir después de muerto. La alegría y el fervor de Brunete recrean el sentimiento de la Patria. Démosle gracias a Dios.

JUAN CARLOS VILLACORTA

